

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

Durante el ensayo general de una obra de teatro, lo usual es incluir en ellos la forma en que los intérpretes agradecerán los aplausos del público. Hay algunos directores que ponen en el ensayo de esta ceremonia más cuidado e imaginación que la puesta en la dirección de la obra. Y no se trata de un optimismo que les hace predecir el éxito del espectáculo que presentarán. No, ellos saben que en nuestro país aplaudir en el teatro es una forma de cortesía, más que de aprobación, aún cuando en su fuero interno a veces el espectador lo que está aplaudiendo es que ¡por fin! se terminó la obra.

No sucede lo mismo en otros espectáculos. Por lo que he leído en los diarios sobre los conciertos de rock (ya que jamás he asistido a uno), los espectadores simplemente abuchean o manifiestan su desaprobación en forma clara y contundente cuando no les gusta lo que están oyendo o viendo. Otro tanto sucede con el más masivo de los espectáculos, el fútbol, en que por muy hincha que uno sea, o justamente por eso, un mal pase, una "falta de concentración", como se le llama ahora a las chambonadas, es seguida de

rechiflas e improprios.

Pero en nuestras representaciones teatrales todo se aplaude aunque lo que se haya visto haya sido un insoportable bodrio.

Recuerdo que hace muchos años estrené una comedia en el teatro de la Satch que hoy se llama Carlos Cariola. Fue en invierno y la noche del estreno nevó copiosamente sobre Santiago. La calefacción del teatro no funcionaba y los espectadores entumidos presenciaban una obra cuyas deficiencias como comedia se me hacían claras a medida que avanzaba la función. Esperé el final tiritando de frío y de temor. ¿Cómo iba a reaccionar ese público tan maltratado? ¿Pedirían mi cabeza? Nada de eso. Al final, aplaudieron. El periodista Hernán Millas, que a la sazón oficiaba de crítico teatral, escribió después: "El público aplaudió para desentumecerse las

Aplausos que matan

12-297



manos". Ahora pienso, con la madurez que dan los años, que hubiera sido mejor para mí haber escuchado un gran "pateo" desaprobatorio. También habría servido para que los espectadores desentumecieran los pies, y a mí para indicarme que no debía reincidir en escribir comedias fáciles e intrascendentes y, sobre todo, descuidada en su construcción.

Hace poco tiempo fui al estreno de la primera obra escrita por una persona que

conozco y aprecio. A poco andar la representación, comencé a observar un desasosiego de los espectadores. Mi experiencia me indica que no hay mejor juicio crítico que el de los trastes de los espectadores. Si ellos se mantienen tranquilos en sus asientos es señal de que están interesados, siguiendo con expectación la trama dramática.

En caso contrario, es porque se están aburriendo. Pues bien, en esta ocasión las butacas del teatro deben haber quedado lustrosas de tanto ser refregadas. Pero al final, una verdadera ovación conmovió al teatro y los intérpretes hicieron las venias, las entradas y salidas que habían ensayado previamente. Y todos felices. La mayoría de los espectadores, porque la función había terminado, y los intérpretes por el "éxito" así obtenido.

El asunto parecería ser

sólo anecdótico y motivo de comentarios risueños, si no fuera porque esta cortesía mal entendida produce un daño a la larga. Quienes no tienen costumbre de ir al teatro y, estimulados por los benignos comentarios de la prensa, deciden iniciarse como espectadores, pero se aburren durante la función y después escuchan los aplausos con que ella finaliza, han de pensar que son ellos los que han fallado, los que no han comprendido las excelencias de la obra y que, por lo tanto, no saben apreciar el teatro y es mejor no volver a repetir la experiencia. Por otra parte, el público joven que asiste y no tiene referencias para comparar, da por bueno lo que no es y se conforma con la mediocridad.

Me pregunto, entonces, ¿cuántas de las obras nacionales que tan profusamente se estrenan, se representan y luego desaparecen, son dignas de ser incluidas en los textos de estudio de los colegios y de las universidades? Me temo que muy escasas.

Lamentablemente, hay aplausos que matan. ¿Por qué no ensayar de vez en cuando la rechifla y el pateo? Tal vez eso sea más estimulante.